



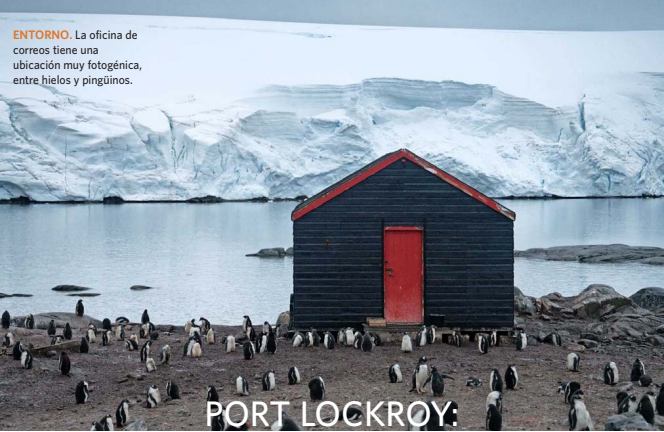
El zódiac se acerca lentamente a una pequeña isla cubierta de nieve, en pleno verano austral. Desde lejos, parece apenas una mancha oscura sobre un manto blanco glacial. Pero, a medida que la lancha sigue, empiezan a distinguirse los detalles. Primero, el muelle de madera, una línea oscura que entra en el agua gris del canal. Luego, dos casas negras con detalles en rojo que se hacen notar en medio de tanto hielo. Una bandera británica flamea orgullosa con el viento polar y, junto a ella, otra arcoíris se mueve con la misma fuerza. Un pequeño gesto de color y tolerancia en el paisaje blanco.

Alrededor de todo esto, cientos de pingüinos papúa caminan entre las rocas con su paso torpe y decidido, como si la isla fuera completamente suya (en cierto sentido, lo es). Transportan pequeñas piedras en el pico para reforzar sus nidos, discuten ruidosamente con los vecinos, se lanzan al mar de golpe y observan a los forasteros con curiosidad. El sonido es constante: un murmullo agudo que llena el aire y rompe el silencio que uno imaginaria que predomina en la Antártica.

El motor del zódiac baja revoluciones y el guía señala el lugar donde desembarcaremos. A pocos metros flotan trozos de hielo azul que giran lentamente con la corriente, chocando suavemente entre sí. Y mientras la embarcación finalmente toca el muelle, cuesta decidir qué es más sorprendente: si haber llegado finalmente, o



ANFITRIÓN. El escritor Peter Watson se vino a vivir por tres meses aquí.



ENTORNO. La oficina de correos tiene una ubicación muy fotogénica, entre hielos y pingüinos.

PORT LOCKROY:

Cartas desde el verdadero FIN DEL MUNDO

En una pequeña isla del archipiélago Palmer, en la península antártica, una antigua base británica construida durante la Segunda Guerra Mundial se transformó en museo, laboratorio natural y en la insólita oficina postal pública más austral del planeta.

TEXTO: Camila Rikli, DESDE LA PENÍNSULA ANTÁRTICA. FOTOS: Tere Pérez

descubrir que incluso en el continente más remoto del planeta hay un pequeño buzón, desde donde parten cartas hacia el resto del mundo.

Porque aquí, en **Port Lockroy**, en una extensión de tierra y nieve que parece del tamaño de una cancha de fútbol, llamada **Goudier Island**, se resumen más de cien años de presencia humana en la Antártica. Exploradores, balleneros, científicos, militares, turistas y —cada verano— cuatro personas que llegan a vivir durante meses para atender una de las oficinas

postales más remotas del planeta.

Detrás de la isla, los glaciares del **archipiélago Palmer** caen al mar como enormes paredes blancas que brillan bajo la luz fría del mediodía. A simple vista, todo parece inmóvil. Pero en Port Lockroy la Antártica no está completamente detenida.

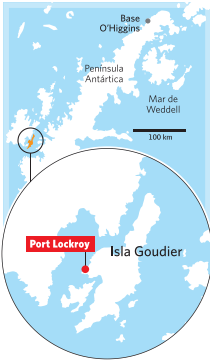
Alguien abre la puerta de una de las casas, otra persona acomoda una caja cerca de la pequeña tienda del museo. En pocos minutos, los visitantes comienzan a bajar del zódiac y el pequeño puerto vuelve a

llenarse de pasos, voces y cámaras.

En una isla donde viven miles de pingüinos y solo cuatro personas durante el verano, cada desembarco rompe momentáneamente la quietud. Y aun así, la sensación dominante sigue siendo la de adentrarse en uno de los rincones habitados más improbables del planeta.

Hacia la isla de las cartas

Port Lockroy se encuentra en la costa occidental de la península antártica, en el **archipiélago Palmer**, una cadena de is-



las montañosas que se extiende frente al continente blanco.

La pequeña isla Goudier —donde están las casas y el muelle— ocupa apenas unas pocas hectáreas en una bahía protegida por hielo y roca. Reclamada como parte del Territorio Antártico Británico, para Chile integra su Comuna Antártica (una de las dos que conforman la Provincia Antártica Chilena), aunque como todo en este fin de mundo su gestión se rige por el Tratado Antártico, acuerdo internacional que establece que el continente debe utilizarse exclusivamente con fines pacíficos y científicos.

La mayoría de los viajeros que llegan hasta aquí lo hacen en barcos de expedición que parten desde Ushuaia y cruzan el temido paso Drake. Nosotras tomamos otra ruta: desde Punta Arenas volamos con Antarctica21 y Aerovías Dap hasta la **isla Rey Jorge**, en las Shetland del Sur, evitando la navegación completa del siempre revuelto Drake. Allí nos esperaba el Magellan Explorer, barco de expedición diseñado para estas aguas. Y así, en los días siguientes avanzamos lentamente por la península antártica, entre canales llenos de témpanos y montañas, hasta llegar al archipiélago Palmer y a esta isla diminuta donde, rodeados de hielo, alguien todavía envía cartas.

Un refugio polar

La historia de Port Lockroy se remonta a 1904, cuando el explorador francés Jean-Baptiste Charcot navegaba el archipiélago Palmer en lo que sería una de las primeras expediciones científicas modernas a la Antártica.

A bordo de la goleta Français, Charcot cartografiaba una costa que hasta entonces estaba apenas insinuada en los mapas, y de paso iba levantando observaciones científicas en una región que Europa apenas comenzaba a conocer con cierto detalle.

En ese viaje, descubrió esta pequeña bahía protegida por montañas e islotes. Para un navegante polar, el lugar ofrecía algo tan valioso como el abrigo y la protección frente a las inclemencias del clima austral. Un puerto natural donde los barcos podían refugiarse del viento, de los peligrosos hielos a la deriva y de las tormentas repentinas que pueden desatarse en esta parte del continente. Y lo bautizó Port Lockroy, como homenaje a Édouard Lockroy, político y periodista francés que había apoyado con entusiasmo las expediciones polares de Charcot. Durante algunos años, este hito quedó reducido a poco más que una referencia útil para navegantes que comenzaban a internarse en estas aguas. Pero el continente estaba entrando en una nueva etapa de su historia. Era el inicio de una industria.

La era de los balleneros

A comienzos del siglo XX, los océanos australes se transformaron en uno de los principales escenarios de la caza industrial de ballenas. La demanda mundial por su aceite (utilizado para iluminación, lubricantes y productos industriales) impulsó una expansión rápida de esta actividad en el hemisferio sur. Las grandes flotas operaban desde bases en las islas subantárticas (especialmente en Georgia del Sur, donde surgieron verdaderas ciudades balleneras) y desde barcos factoría que recorrían las aguas de la península, siguiendo las rutas migratorias de las ballenas azules, jorobadas y rorcuales.

Entre 1911 y comienzos de los años



BASE. Vista desde la antigua cocina de la casa Bransfield. Esta es la construcción principal de la base británica.



REGISTROS. En el museo también se exhiben equipos e instrumentos para mediciones científicas y meteorológicas.



TESTIMONIO. En el correo se guardan cartas que distintos viajeros han dejado a modo de recuerdo.



FAUNA. Los pingüinos papúa se establecieron en esta isla recién partir de la década de los 80.

